**XVI COLOQUIO INTERNACIONAL DE AEIHM (Salamanca, 2012)**

**Sesión 1. *Mujeres, producción científica y esfuerzo creativo***

**Isabel Molina Puertos (Universitat de València)**

***“La narradora isabelina: baluarte de la moral, justo emblema de la autoría femenina”***

Las escritoras isabelinas que serán abordadas en esta comunicación (Pilar Sinués, Faustina Sáez y Ángela Grassi) se encontraron con serias dificultades a la hora de legitimar su oficio y de procurarse un espacio literario, pues debieron desarrollar su profesión en un momento en el que la jerarquía intelectual española se debatía a propósito de la conveniencia de fomentar la expansión de la novela. El tema central sobre el que discutían los partidarios y los detractores de dicho género literario se desplazó de las consideraciones estilísticas a las más espinosas cuestiones morales. El éxito de la novela folletinesca romántica alertó a las mentes pensantes de la época. En su opinión, estos escritos encendían la imaginación de los sectores de la población menos capacitados para discernir lo bueno de lo malo. Puesto que el sexo débil lo era por su debilidad física pero también mental, señalaron a las mujeres como las víctimas principales de la invasión del folletín. La pervivencia de ciertos prejuicios misóginos relacionados con la supuesta insaciabilidad femenina contribuyó a forjar la convicción de que encender la imaginación de las mujeres implicaba dar rienda suelta a sus deseos. Dado que la imaginación es una condición necesaria para la creación y que se consideraba peligrosa en el sexo femenino, puede afirmarse que la autoría se identificaba con una actividad fundamentalmente masculina. En consecuencia, las escritoras de la época debieron acomodar su estilo literario a las exigencias coyunturales desvinculándolo del desarrollado por sus colegas románticas. Para ello, se erigieron las portavoces de la (tan proclamada y aparentemente perdida) moralidad y optaron por las obras de corte pedagógico dirigidas al público femenino de clase media (la ficción doméstica). La posición en la que se situaron respecto al texto les permitió establecer en sus novelas las características y las funciones que debían representar y cumplir las autoras y su producción literaria. En calidad de narradoras omniscientes incluyeron en sus argumentos la justificación y defensa de su labor. La elección de dicha estrategia narrativa les permitió contribuir a la moralización de la novela, a la desexualización de la escritura y a al ensanchamiento de los límites de la feminidad decimonónica.